



Gracia y alegría
de las verbenas madrileñas

La primavera más bella de España es la primavera de Madrid. La belleza de su cielo azul, alto, delgado y esclarecido, la gracia de sus chisperos galanteadores y su manolera y majeza fueron immortalizadas por los pinceles de dos grandes artistas: Velázquez y Goya. Velázquez, mago del realismo español — categoría,



traza y estilo — plasmó en sus lienzos la finura de su perfil transparente y sus fondos glorificados de tonalidades verdes y gualdas. Goya, inventor auténtico de la verbena en el soto o en la ermita, alegró la primavera madrileña con el vivo color, heroísmo y fanfarria de sus hombres, que lo mismo caían fusilados en los ribazales del Príncipe Pío, que se partían el corazón contra el asta de un toro en la tarde bulliciosa de morapio, organillos y bellas hembras. Goya hizo que la alegría primaveral de Madrid se cantara en pasodoble y que todas sus gentes fueran tipos de lienzo.

Y estos dos pintores de Madrid —cuna de artistas— amaron la primavera de la más grande villa de España, porque su primavera seduce con el encanto de su color y de su alegría. ¡Primavera de Madrid!



Están florecidos los árboles del Prado y las acacias de Recoletos exhalan un aroma dulce que embriaga. Despierta la ciudad del letargo del invierno y su alborozo es íntimo y riente. El manar de las fuentes y de los surtidores une su sonido claro al rumor del viento, que charola de brillos el bosque de los árboles.

Y las amplias avenidas y parques se embellecen con la gracia picara de las mujeres.

Cabelleras en el viento que ya huele a flores. Bocas frescas, como rosas rojas, que ríen los piropos, y en las crenchas clavées...

Las mantillas atenuan el brillo caluroso del sol y desde el Santuario a la Ermita y desde la Moncloa a la Latina, la castiza villa se hechiza y embelesa con el



gracioso contoneo de sus guapas mujeres.

Madrid, bajo su cielo immaculado y sobre su paisaje de verde pujanza—oasis en medio de la agostada llanura de Castilla—se glorifica de color y de amor—que en la belleza está el sentimiento—y ya, por las márgenes del río, comienza a oír la música sonora y riente de sus primeros organillos.

Y en este ambiente de primavera olorosa, sensual y florida, Madrid se zambulle en sus verbenas con gracia y señorío. Mantones de crepón negro, perfumados de gracia y de sonrisas. Blancos pañuelos sobre las frentes morenas. Y a la sombra de los árboles, por la típica calle de Toledo, camino del Manzanares, una alegre procesión de bullanga. Y como antaño, aunque sin olor a esparterías ni pantalones atados con soguillas, la alegría es





igual. El pueblo se confunde en la verbena. Bajo el Puente de Toledo la ribera del Manzanares se llena de ambiente. Meriendas en el verde campo, alegría y cante entre trago y trago. Los vendedores de rosquillas, los pregones, el ruido y el jaleo prestan animación a la fiesta y es que ya, en esta primera verbena, ante su alegre algarabía y su vivo color—color de pitos chillones y de rojos botijos— es cuando más se siente aquello de «Desde Madrid al cielo y desde allí una ventana para verlo».

Y el 24 de mayo, cuando la primavera de Madrid adquiere su verde y restallante plenitud, la animación se centra en la verbena de San Fernando. La Moncloa asomada a la real Casu de Campo, se llena de barracas de feria y de alegres gramolas. Los mantones se lucen por vez segunda. Durante el día es grato contemplar la perspectiva verde de los campos que hasta El Escorial y Toledo se pierden en una hermosa perspectiva ligeramente ondulada. Y son alegres las noches bajo los farolillos pintados y la gracia hecha risa en el baile de los primeros «chotis». Abajo, al pie del derrumbadero de Rosales, San Antonio de la Florida aguarda hasta el 13 de junio.

Mantones de crespón negro lucen las muchachas que vienen tocadas de pañuelos blancos. Verbena de novias orando ante el Santo y de modistas que ofrendan sus alfileres. San Antonio, en la vega rociada del Manzanares, apenas perdió ningún perfil de su gracia castiza ni el color que en su estridencia y jolgorio vió Goya. Bajo las frondas cercanas a la ermita olor a aceite frito y a tiestos de albahaca. La animación de los tío-vivos y de los columpios incansable, y es que la sed se calma con tintorro y con sangría de



melocotones. Durante la vigilia del Santo la alegría y el retintín de los organillos dura hasta la amanecida del 13 que tiene el vivo color de un antiguo grabado hasta las diez de la mañana, hora de muchachada, calle arriba de San Vicente. Los mantones y las gorras van nimbados de un cantar: «Ay, ay, ay con el ay—Caray que vida».

Y la alegría se va por las Rondas. Ahora les toca a los santos Juan y Pedro que por allí tienen sus iglesias. Atocha — viejo atochar del mediodía—se alegra de bulliciosos barracones, de toboganes y de tómbolas. En todas las esquinas churros ensartados y copas de cazalla. La concurrencia, que desborda los paseos se anima, canta y ríe entre el estrépito de los tíovivos que giran y giran y los cantes flamencos de sus gramolas. También aquí hay tipismo y gracia de solera. Como en la pradera y en la ermita los organillos teclean «mazurcas» y se bebe clara con limón.

¿Pero es que Madrid tiene solo Santos? Para sus Vírgenes guarda las vigiliás más brillantes. El 16 de julio la verbena de El Carmen en Chamberí, barrio de añejo tronío enclavado sobre la llanura que se quiebra en el Guadarrama, barrio de chulapas que lucen con gracioso contoneo el crespón de los mantones más bonitos. Sus manos costureras trenzan guirnalda de colores que van de balcón a balcón. Farolillos de papel verde y colorado. Serpentinás... confetis... La verbena de El Carmen es alegre y pinturera. Su «kermesse» bulliciosa entre el jolgorio de los concur-



(Fotos Cifra)

sos de belleza, de «chotis» y de mantones. Luego el baile de los pañuelos blancos y los zapatos de charol. ¡Qué noche la noche del 16 de julio en Chamberí!

Y como el calor de agosto es sofocante, Madrid ama las noches frescas. Noches de compadreo en mangas de camisa. Las verbenas son por ello, más frecuentes; y en Cuatro Caminos, arriba, más al norte, desde la noche del 4 se bailan pasodobles una semana entera. Verbena como todas: Mantones, roscos, sangrías y melones, muchos melones, apilados, que huelen a almibar... Por las noches los fuegos artificiales iluminan el cielo madrileño. Los estruendos de cohetes y carcasas alborozan a la multitud y en las casetas alegría, alegría. Fotógrafos de minuto y adivinatoras de perra gorda. ¡Cómo ríen las muchachas!

Luego el alborozo retorna al seno castizo de la villa. Allí las calles

apretadas y achacosas de cientos de años. Barrio de La Latina. Tabernas decoradas de paisaje de ribera. Paradores de portales resonantes de losas. En las esquinas hay faroles de gas que saben mucho de amor. El 15 de agosto la verbena de su Virgen: La Paloma. Virgen de leyendas ingenuas y, por antonomasia, la patrona morena y guapa de Madrid, campechana y populachera que arranca piropos, en sus procesiones, al corazón arrebatado de los madrileños. ¿Y qué podemos decir de su vigilia iluminada de guapeza y casticismo? Hay una zarzuela de Bretón que lo dijo todo. En sus melodías y en la gracia chispeante de su libreto la picardía de los Hilariones y la gracia salerosa de las Susanas. Mantones, cadenetas floridas y órganos y organillos. Toda la alegría de Madrid evocando las gorras y los pañolones de blanca seda. Dura toda la noche el bullicio de las barracas y el baile «agarrao». Bajo los faroles, puestos de bollos y aguardiente. Madrid apura, apasionado, el sabor de su última verbena y guarda en

este barrio viejo y populachero de La Latina, su mejor tradición.

Y aquí está Madrid reflejado en el espejo de su alegría que es el más fiel espejo del ser. ¿Visto al través de un prisma de tintes viejos? No. Es así y nadie puede ni debe verlo de otro color. En sus barrios desmedrados y polvorientos conserva el matiz que le es auténtico, el color y la alegría que en él vieron los pinceles de Velázquez y de Goya. Madrid viejo con una gracia siempre nueva. Todo su ser y su sentir se repite en cada una de sus fiestas con una ligera variante ajustada a cada escenario. Frente al exotismo que todo lo confunde, la Villa conserva su salero y su gracia. Cada año vive sus fiestas con la emoción antañona y renueva su fe en su carácter. Carácter que grabaron en el tiempo sus cantares y sus piropos y sus amores.

R A I M U N D O S U S A E T A